



Revista de Ciencia Política

ISSN: 0716-1417

revcipol@puc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Conniff, Michael L.

Neo-Populismo en América Latina. La década de los 90 y después

Revista de Ciencia Política, vol. XXIII, núm. 1, 2003, pp. 31- 38

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32423103>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

NEO-POPULISMO EN AMÉRICA LATINA. LA DÉCADA DE LOS 90 Y DESPUÉS¹

MICHAEL L. CONNIFF

UNIVERSIDAD ESTATAL DE SAN JOSE

EE.UU.

INTRODUCCIÓN

Me agrada mucho poder estar aquí para compartir ideas con colegas americanos sobre el estudio del populismo en el hemisferio y el estado actual de los estudios. Mucho ha cambiado en los 30 años que han pasado desde que comencé a trabajar en este campo. Hubo un pequeño resurgimiento del populismo con la vuelta al poder de Perón y Velasco Ibarra en los años 70; el aplastamiento del fenómeno bajo los regímenes militares; otro resurgimiento tentativo en los años 80 (los brasileños, Arnulfo Arias, Alan García); y un gran renacimiento en los años 90, el llamado neopopulismo. Como siempre, podemos entender fenómenos aislados mucho mejor cuando los consideramos relativamente, en su contexto histórico, y con un análisis sistemático.

Debo confesar desde un principio que no soy experto en el populismo de toda América Latina. Mis investigaciones principales se centran en Brasil, y he supervisado investigaciones sobre Panamá. Por otro lado, he vivido en la región por muchos años y he tenido contacto directo o indirecto con muchos populistas y sus seguidores.

Dependo en gran medida de los estudios de colegas latinoamericanos y norteamericanos, y sobre todo de los que han contribuido a dos libros que edité, *Latin American Populism* (1982) y *Populism in Latin America* (1999).² Mis co-autores en estos volúmenes fueron Paul Drake, Steve Stein, Steve Ellner, Jorge Basurto, Joel Horowitz, Ximena Sosa, Frank Robinson, Kurt Weyland, y David Tamarind. También participaron en el primer libro Ferenc Szasz, quien escribió sobre los EE.UU., y Allison Blakeley, sobre Rusia.

GENERALIZACIONES

Primero quisiera construir un marco cronológico para mi ponencia, un marco que salió de las deliberaciones que acompañaron los dos libros ya mencionados. Decidimos que hubo tres fases de populismo en el siglo XX:

¹ Transcripción de la ponencia presentada por el autor en el seminario "El populismo y las democracias: estudio de casos y estado del debate", Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, 15 y 16 abril de 2003.

² Conniff, Michael L. (ed.) 1982. *Latin American Populism in Comparative Perspective*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 261 pp. Conniff, Michael L. (ed.) 1999. *Populism in Latin America*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, 243 pp.

- El populismo temprano o quizás proto-populismo en las primeras décadas del siglo 20 (1900 a 1920), especialmente en el cono sur.
- El populismo clásico, de los años 40, 50 y 60, seguido por su aparente extinción a raíz de los regímenes militares de los 70 y 80.
- El resurgimiento del populismo en los 80 y la aparición del neopopulismo en los 90.

Segundo, quisiera compartir con Uds. la definición operativa que habíamos adoptado para el populismo clásico. Lo definimos como un movimiento político encabezado por un líder carismático, con seguidores de todas las clases sociales, y cuya actuación produjo una gran expansión electoral. Sus programas prometían reforma, y sus líderes apelaron a la cultura del pueblo como fuente de legitimidad. Todos son factores en la lucha para ganar elecciones y conseguir el poder.

Asimismo, nuestra definición minimizó la importancia de factores socio-culturales, aspectos coyunturales, fuerzas ideológicas, organización partidaria, el establecimiento de un programa, y la influencia de logros administrativos.

Nosotros creíamos que el populismo no sobreviviría la represión feroz de las dictaduras militares, así que nos sorprendimos cuando hubo un resurgimiento en las décadas de los 80 y 90. Lo tachamos de neopopulismo porque había renacido y porque tenía algunas características nuevas que lo distinguían del fenómeno clásico. En particular, los neopopulistas abandonaron el intervencionismo económico del Estado para seguir la nueva onda del neoliberalismo. Además, los neopopulistas eran aún más enfáticos en denunciar los partidos políticos que sus antecesores. Y los neopopulistas estaban dispuestos a abandonar ciertos sectores que habían sido cruciales para los antecedentes clásicos, como por ejemplo los sindicatos y los magnates de la industria. Finalmente, encontramos en el discurso de los neopopulistas menos énfasis en la cultura popular.

¿Por qué volvió a la palestra el populismo en los años 90? Creo que había varios factores importantes. Primero, había continuado la expansión del electorado hasta el punto de saturación. Esto puso a la disposición de políticos hábiles grandes contingentes de personas con poca sofisticación. También hubo un rechazo amplio de la clase política en general, por parte de la clase media y hasta las masas. Esta alienación se alimentó del fracaso de las élites en tres áreas fundamentales:

1. La falta de eficacia política —manifestada por la corrupción, el estancamiento legislativo, la mala administración ejecutiva, y la participación de políticos de poca experiencia.
2. La disminución de la seguridad personal —manifestada por el aumento de crímenes, la presencia de guerrillas en algunos países, la evidencia de la corrupción judicial, el crimen hecho por los empresarios (los de cuello blanco), etc.
3. El pésimo rendimiento económico visto en la década perdida de los 80, la concentración de los ingresos, las crisis monetarias, el desempleo crónico, etc.

Esta alienación, a la vez, inspiró a los votantes a buscar líderes opuestos al statu quo, y a favorecer a los que estaban dispuestos a cambiar la situación y aliviar el sufrimiento de los pobres. Es decir, buscaban héroes carismáticos que salvarían a sus pueblos. Algunos votantes anhelaban una época del pasado, la edad de oro del populismo clásico, con su industrialización, orgullo nacional, sindicatos fuertes, diplomacia robusta, e intervencionismo del Estado a favor del trabajador.

Algunos otros factores favorecían el resurgimiento del populismo. La globalización parecía disminuir la eficacia del Estado nacional, que había protegido al pueblo de la competición extranjera y las imposiciones de todo tipo. Los líderes de los años 80 parecían incapaces de resistir a las presiones de fuera. De hecho, algunos analistas predecían el colapso total de algunos Estados, como Perú, Colombia y Ecuador. Otros, como Nicaragua y Haití, eran tan débiles que prácticamente no había Estado.

Finalmente, los líderes ambiciosos en los años 90 tenían más herramientas a mano que sus antecesores: medios masivos de comunicación, encuestas de opinión, el voto obligatorio, el advenimiento del marketing político, y la ausencia de vigilancia militar.

El neopopulismo surgió en tres fases:

1. La experimentación temprana de los años 80, principalmente por líderes que habían sido activos antes de los golpes militares (Alan García, Leonel Brizola, Miguel Arraes, Arnulfo Arias, etc.).
2. El neopopulismo de verdad, principalmente en América del sur (Carlos Menem, Fernando Collor, Alberto Fujimori, Abdalá Bucarám).
3. Y a finales de los 90 y comienzos de este siglo, un neopopulismo militar (o tal vez militarismo populista), representado por figuras como Hugo Chávez, Lucio Gutiérrez y Lino Oviedo. Este fenómeno se parece en parte al peronismo de los años 50.

Entre las justificaciones a los regímenes militares de los 60 y 70 había un motivo francamente político: eliminar el populismo. Los generales y almirantes creían que los populistas agitaban las masas, estimulaban esperanzas que no podían satisfacer, y fomentaban crisis para que ellos mismos las solucionaran como héroes. Los militares odiaban a Vargas, Kubitschek, Goulart, Arias, Haya de la Torre, Velasco Ibarra, Betancourt, Belaúnde, y otros. Por lo general, los populistas les devolvían el mismo odio. Las dictaduras debían disciplinar a la ciudadanía para que no cayera bajo la influencia nociva del populismo. Y de hecho, la mayor parte de los populistas envejecieron o murieron durante los años de dictadura.

Cuando el General Figueiredo permitió el regreso de los populistas exilados al Brasil en 1979, sin embargo, tres de los menos queridos volvieron y fueron electos con márgenes muy grandes. Leonel Brizola, cuñado de Goulart y el más audaz de los opositores a los militares en los años 60, formó un partido nuevo y lanzó una campaña para ser gobernador del Estado de Río de Janeiro en noviembre de 1982. Ganó bien y gobernó con distinción y destreza. Miguel Arraes, también luchador contra los militares en 1964, ganó un cargo en el congreso y en 1986 fue elegido gobernador de Pernambuco. En Sao Paulo, Jânio Quadros perdió la elección para gobernadores en 1982, pero después ganó la alcaldía de la ciudad de Sao Paulo, un puesto más importante que la mayoría de los gobernadores. Así que la magia de populismo todavía movía muchos votantes.

Otros factores favorecían la vuelta del populismo. El número de votantes en muchos países había continuado en expansión, y literalmente centenares de millones de ciudadanos ganaron el voto y querían participar en las elecciones. Muchos de estos votantes nuevos no recordaban directamente los populistas clásicos, por ser muy jóvenes, pero se sintieron atraídos por sus hazañas legendarias. Vargas, Perón, Evita, Kubitschek, y otros fueron celebrados aún más en muerte que en vida. Además, las leyes electorales en la mayoría de los países dieron el voto a los adolescentes

y analfabetos, y éstos podían ser reclutados fácilmente con métodos populistas. Apareció un fenómeno que se puede llamar “votantes vírgenes”, contingentes nuevos que eran más receptivos a los llamados populistas.

Al final de cuentas, sin embargo, el populismo clásico no era una opción práctica para los países latinoamericanos que recuperaron la democracia. Ninguno de los populistas de la época clásica podía ganar la presidencia. Arnulfo Arias perdió la elección de 1984 en Panamá (probablemente por fraude) y murió 4 años después. Assad Bucarám en Ecuador, cuando los militares le negaron la oportunidad de candidatear a la presidencia, acabó apoyando a su sobrino, Jaime Roldós, en la elección presidencial de 1979. Dos años después, Bucarám y Roldós se enfrentaron en una batalla para controlar el gobierno, pero poco después los dos murieron. Se creyó que el populismo en Ecuador iba a desaparecer.

NEOPOPULISMO

Otro tipo de populismo apareció en los años 1980, sin embargo, con líderes jóvenes. Esta versión, que llamamos neopopulismo, tenía muchas de las características de la versión original — llamados al sentimiento nacionalista, liderazgo carismático, campañas publicitarias de masa, promesas de reforma, y evocación de los intereses del pueblo— pero era diferente en varios aspectos. Lo más importante fue el abandono de las políticas económicas de intervención y control por el gobierno. Al contrario, algunos montaron políticas económicas heterodoxas, mientras que otros vieron en el neoliberalismo la salvación de sus naciones.

Los neopopulistas eran predominantemente muy jóvenes, blancos, de clase media, universitarios, y elocuentes. Habían viajado al exterior y podían hablar de problemas globales. Como sus antecesores clásicos, ninguno había seguido una carrera militar. Además, mientras los clásicos habían evitado inscribirse en los partidos existentes, prefiriendo crear sus propias organizaciones, algunos neopopulistas rehabilitaron los partidos antiguos para nuevos fines. Los neopopulistas continuaron a dirigir sus palabras al pueblo, usualmente por televisión, sin permitir la intervención de organizaciones. Asumieron la postura de figuras nuevas sin los malos hábitos de la corrupción, y atacaron los gobiernos existentes sin tregua. En fin, los neopopulistas eran expertos en las más modernas técnicas de marketing político, especialmente la televisión y las encuestas de opinión pública.

Algunos sectores que tradicionalmente habían apoyado a los populistas clásicos, como los sindicatos, los empleados públicos, las asociaciones empresariales, y otros, repudiaron a los neopopulistas por haberse declarado partidarios de los programas neoliberales, con sus políticas de libre mercado y privatizaciones. Decidieron que ya no podían esperar la lealtad de los nuevos líderes. Su apoyo fue tibio al comienzo, y estos sectores se retiraron de las coaliciones neopopulistas. Muchos protestaron vigorosamente contra la aplicación de programas de austeridad económica requeridos por la doctrina neoliberal.

Las masas, por otro lado, vieron en las nuevas políticas la posibilidad de nuevas soluciones a problemas endémicos, como la inflación, la corrupción, y el proteccionismo. Estas políticas innovativas más bien comportaban una promesa de audacia y coraje. Los líderes, por su parte, gozaron de gran popularidad por su liderazgo y carisma. Las encuestas mostraron que los neopopulistas recibieron la mayoría de su apoyo de los sectores menos favorecidos, los emplea-

dos del sector informal —fuera de la economía legítima y más vulnerables a los ciclos económicos—. Es cierto que las políticas neoliberales afectaron mucho a las masas, por el desempleo y los reajustes que implicaron, cuando los índices de pobreza subieron. Sin embargo, los pobres aceptaron los ajustes estructurales, por considerarlos como un remedio agrio pero necesario para reponer las economías.

¿NEOPOPULISMO MILITAR O MILITARISMO POPULISTA?

Quisiera sugerir que tal vez existe una nueva categoría de neopopulismo que ha surgido en los últimos 3-4 años, la militarista. Su perfil no está completamente claro, pero podemos proponer una definición tentativa. Este neopopulismo estaría representado por figuras como Hugo Chávez, Lucio Gutiérrez, y Lino Oviedo.

Mis estudios revelan una dicotomía entre los populistas clásicos: casi todos se llevan mal con el militarismo, los militares, más aún con la idea de compartir el poder con las instituciones militares. Batlle y Ordóñez, Alessandri, Yrigoyen, Vargas, Betancourt, Velasco Ibarra, Arias, Haya de la Torre, etc., no tenían simpatía por el militarismo. Más bien, toleraban a los militares mientras no se metían en los asuntos políticos. Como se sabe, muchas veces los militares depusieron a los populistas. Todos ellos menos Haya (por no haber ocupado la presidencia) sufrieron la humillación de ser derrumbados por golpes militares.

Perón es la gran excepción a esta incompatibilidad entre la carrera populista y la militar, pues como sabemos, él hizo una transición arriesgada de una a otra en 1945-46. No obstante, Perón también tenía problemas con el alto comando; fue depuesto por éste en 1955. Con ese caso, vemos que casi siempre existía una relación muy difícil y problemática entre los populistas y los militares. Por eso he señalado anteriormente que un motivo muy fuerte para el auge de las dictaduras en los años 60 y 70 fue el de exterminar el populismo.

Ahora bien, durante los últimos años, algunos ex-militares han hecho una transición semejante a la de Juan Perón. Daniel Ortega y Hugo Banzer son ejemplos que vienen a la mente. Lógicamente, no hay motivo para decir que los ex-militares no pueden ser presidentes o populistas. Lo que queda claro es que tendrán que satisfacer otros criterios para ser incluidos en la categoría de populista.

Dos de éstos, Hugo Chávez y Lucio Gutiérrez, parecen ser populistas. El segundo casi no tiene trayectoria que podríamos examinar, puesto que recién fue posesionado. También quiero escuchar la opinión del colega Carlos de la Torre al respecto. Por eso me limitaré a considerar a Hugo Chávez como neopopulista militar.

Cuando emergió en el escenario nacional de Venezuela, el coronel Hugo Chávez era un hombre maduro pero compacto de estatura. Su retrato se parecía muchísimo al de Juan Perón. Nació en un pueblo rural de una familia humilde e ingresó en el ejército cuando joven. Escogió la carrera de paracaidista y fue subiendo en la jerarquía con el tiempo, hasta llegar a ser teniente coronel. Aunque tenía poca preparación escolar de tipo formal, poseía una mente viva, una excelente memoria, y un conocimiento poco común de la historia, especialmente la venezolana. También tenía un fuerte sentido de quién era y no se dejaba intimidar fácilmente.

En 1992 lideró un golpe militar contra el presidente Carlos Andrés Pérez, que fracasó. Alegó que el presidente era corrupto y que todas las altas capas del gobierno lo eran también. Denunció a los partidos AD y COPEI como igualmente podridos y anti-nacionalistas. Después del golpe perdió su comisión militar, fue condenado y pasó dos años en la cárcel.

Cuando recobró la libertad, comenzó a organizar un movimiento de oposición, aprovechando la popularidad que había ganado por haber liderado el golpe. La opinión pública, especialmente dentro de la clase media, continuaba rechazando a los partidos tradicionales y reclamando un cambio total en el sistema de gobierno. Chávez prometió realizar tal cambio.

El movimiento de Chávez atrajo una variedad de colaboradores que veían en él la salvación de la nación. Creían que los partidos habían vendido el país, especialmente su petróleo, a las grandes compañías y sus aliados, y a los oligarcas venezolanos. Acusaron a las élites de haber sacado grandes cantidades de dinero del país, dinero proveniente del sector petrolero. Venezuela estaba siendo desangrada por sus propios líderes. La democracia era una ficción. El pueblo había sido alienado de su propio gobierno por los corruptos, y nadie defendía los intereses de las masas.

Chávez invocó la imagen de su héroe, Simón Bolívar, como modelo del líder que él quería emular. Bolívar goza de una reverencia casi sagrada entre los venezolanos, y su vida provee un sinfín de anécdotas, dichos, aforismos, ejemplos y verdades.

Aprovechando su papel de golpista militar, Chávez ha asumido la posición de líder con fuerza, determinación, y disciplina. Su primera elección, en 1998, seguida por una re-elección en 2000 bajo una nueva Constitución que sus propios seguidores redactaron, demuestra su enorme popularidad, tanto en la clase media como entre las masas trabajadoras. Su discurso más eficaz es el que pinta a las élites como villanos, especialmente los políticos asociados con AD y COPEI. No cabe duda que en su larga historia, esos partidos dejaron un legado de robos y estafas.

Chávez ha apelado a los pobres con un estilo muy personal para tomar decisiones. Tiende a tomar posiciones impulsivamente, sin consulta previa, y muchas veces lanza ataques virulentos contra sus opositores. Además, ha sabido utilizar muy exitosamente los medios de comunicación, especialmente para dirigirse al pueblo. Todas las noches aparece en la televisión para comentar los hechos del día, defender sus actos, atacar a sus enemigos, y en general justificarse ante el público. Tiene un programa semanal llamado "Aló Presidente", en el cual los ciudadanos pueden hacerle preguntas. Su estilo es conversacional, hasta callejero, y contiene desafíos explícitos o implícitos.

El estilo de liderazgo de Chávez es bastante confrontacional, semejante al de Juan Perón. Tacha a sus opositores de enemigos del Estado y se refiere a sus contiendas como luchas o hasta guerras (de importancia nacional). No se podía esperar otro estilo dada su formación personal y profesional, pero muchos observadores le aconsejaron moderar su lenguaje y adoptar un tono más conciliador.

Chávez ha organizado grupos comunitarios de apoyo, llamados Círculos Bolivarianos, que ejercen funciones semejantes a los comités de defensa de la revolución en Cuba o las mazorcas de Perón. No es una táctica nueva, pero también tiende a multiplicar las confrontaciones en las bases partidarias.

Con su retórica de izquierda y las promesas de mejorar las condiciones de los más pobres, Chávez asustó a las clases comerciantes e industriales, además de los profesionales como médicos y dentistas. Muchos de ellos comenzaron a sacar sus ahorros del país para evitar cualquier confiscación, lo que ejerció presión sobre el bolívar y contribuyó a la inflación. En un sentido más amplio, la falta de inversiones de parte del sector privado causó una recesión. Al mismo tiempo las inversiones de afuera se acabaron, exacerbando los efectos negativos sobre la economía. Y por si fuera poco el desempleo creció de manera alarmante en los últimos tres años.

Finalmente, Chávez ha atacado fuertemente a los medios de comunicación, los cuales han criticado su régimen desde el comienzo. Sea por las conexiones con el sector privado (publicidad) o un conservatismo periodístico, los medios han sido un gran dolor de cabeza para Chávez. Éste mientras tanto los ha criticado diciendo que están alejados de la opinión pública y al servicio de los ricos. Chávez hasta propuso una ley que limitaría la libertad de imprenta.

Al comienzo, Chávez había gozado de un gran apoyo electoral y moral entre las clases medias y bajas, porque la gran mayoría del pueblo anhelaba un cambio brusco en el *statu quo* venezolano. Poco a poco, la clase media ha perdido su entusiasmo por Chávez, dejando que la clase trabajadora sea su mayor apoyo político. Las encuestas han mostrado una fuerte caída de las tasas de aprobación del presidente. Sin embargo, él todavía conserva el apoyo de un 40 por ciento de los adultos, algo que ningún otro político ha logrado, así que es difícil pensar en su remoción en un plebiscito, como quieren sus detractores.

En esta ponencia no dispongo del tiempo adecuado para ofrecer más detalles y hacer más análisis del caso Chávez. Sólo quiero sugerir que, por sus semejanzas con la primera época peronista, Chávez tal vez represente el primer ejemplo de una nueva categoría de neopopulismo. Lo propongo con fines de incentivar el debate, nada más.

HOJA DE BALANCE FINAL

Aquí voy a limitarme a comentarios sobre los (verdaderos) neopopulistas, es decir, Menem, Collor de Mello, Bucarám, y Fujimori. En lo positivo, yo anotaré la revitalización de la participación electoral que ha resultado de sus campañas. Muchos votantes recién se habían inscrito en los registros electorales, y se sintieron incentivados a participar. Eso ayudó a reducir el sentido de alienación que muchísimos ciudadanos sintieron después de la década desastrosa de los 80. Segundo, los neopopulistas modernizaron, para bien o mal, las campañas, con un uso sumamente eficaz de los medios de comunicación, la propaganda política, la publicidad, las encuestas, el marketing, etc. Muchas de estas técnicas fueron importadas por consultores de Europa y los EE.UU. Tal vez este aspecto del neopopulismo desgastó la conducta racional de los votantes, que se dejaron llevar por la pasión y no la razón. En el Perú y algunos otros países, los neopopulistas eliminaron las guerrillas, que habían amenazado la misma sobrevivencia de los Estados. En muchos casos, ellos promovieron la buena conducta fiscal e hicieron reformas estructurales en la economía, llegando a atraer bastante capital extranjero para inversiones básicas. Parece que en los años 90, el nivel de vida de los pobres se estabilizó, en gran parte gracias a los programas especiales destinados a los menos favorecidos. Los neopopulistas aceptaron el reto de la nueva competitividad de la globalización e hicieron la transición al mundo post-guerra fría. Trataron de

acompañar los eventos globales y no ser manipulados por ellos. Podemos citar como ejemplos las privatizaciones en la Argentina y la conferencia mundial sobre el medio ambiente patrocinada por Brasil (en Río) en 1992. Finalmente, trataron de saldar las cuentas con los militares por sus actos de violencia contra la sociedad y el abuso de los derechos humanos.

En cuanto al legado negativo del neopopulismo, tenemos que reconocer la inestabilidad que los líderes engendraron. Tres de las personas mencionadas aquí —Collor, Fujimori, Bucarám— fueron sacadas del poder por *impeachment*, un récord en la historia. Ellos minaron la misma integridad institucional de la presidencia. También introdujeron el poder ejecutivo en los asuntos legislativos y judiciales, violando las constituciones y el equilibrio entre los poderes. Fujimori hasta cerró el congreso, en un denominado auto-golpe. Minaron además la eficacia de los partidos políticos y otras instituciones de intermediación entre líderes y pueblo, dejando en algunos casos un vacío institucional. Finalmente, no resolvieron algunos problemas muy graves de los años 80, como la concentración del ingreso, el abandono de la educación pública, y el desempleo.